

Francisco Luis Díaz Torrejón*

⇒ El movimiento guerrillero en España durante la ocupación napoleónica (1808-1814)

1. Precedentes históricos

Las pretensiones expansionistas de Napoleón alientan el avance de los ejércitos imperiales hacia el otro lado de los Pirineos y aunque en principio nada obstaculiza su progresión, pronto la presencia de los soldados franceses en tierras españolas genera una reacción bélica que no es de exclusivo carácter militar. Paralelamente a la oposición ofrecida por los ejércitos nacionales surge una respuesta hostil de naturaleza popular, de modo que la guerra regular entablada entre las tropas de una y otra bandera se simultanea con otra guerra irregular sostenida por sectores de la sociedad civil. Este hecho constituye una realidad inédita en las guerras de liberación europeas e imprime un sello genuino y característico a la guerra de España, conocida por todos como Guerra de la Independencia.

Elementos del pueblo español optan por participar activamente en la lucha y hostigan a los ejércitos napoleónicos desde la inferioridad mediante el procedimiento de la guerra de guerrillas. Se trata de un sistema ofensivo basado en el asalto y la emboscada, cuyo éxito está ligado al conocimiento del escenario, es decir, al dominio del espacio geográfico.

Esta modalidad bélica no es un invento español, como tampoco se practica por vez primera en el conflicto hispano-francés de los comienzos del siglo XIX. Los opositores españoles al poder bonapartista sólo se limitan a resucitar un método de lucha ancestral y con raíces muy profundas en el tiempo, que alcanza a las primeras civilizaciones. La Hispania romana y la España árabe habían conocido su existencia y durante decenios –incluso centurias– fueron teatros de esta lucha singular. Por caso, la Hispania Ulterior, y más concretamente la Bética, no fue ajena a las correrías de un enjambre de bandas lusitanas que bajo el liderazgo de activos caudillos –Viriato, Púnico, Kesaró y Táutalo, entre otros– tuvieron en jaque a las poderosas legiones de Roma con el asalto a columnas, convoyes y ciudades (García Bellido 1945: 39 y ss.). Siglos más tarde, Al-Andalus tampoco desconoce las *razzias* de grupos armados tan dinámicos y virulentos como, por ejemplo, el que recorre el califato de Córdoba durante la segunda mitad del siglo IX capitaneado por Omar Ibn Hafsun (Simonet 1983: 513 y ss.).

* *Historiador e investigador español. Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga; de la Real Academia de Buenas Letras “Vélez de Guevara” de Écija; de la Academia de Ciencias, Artes y Letras de Antequera; y miembro fundador del “Foro para el estudio de la Historia Militar de España”. Contacto: diaztorrejon@hotmail.com.*

Sin duda, Napoleón ignora estos precedentes históricos cuando envía a sus soldados a España con el convencimiento de realizar una fácil conquista, porque considera –y entonces no le faltaba razón– que el ejército español es el peor de Europa. El emperador francés procede guiado por su experiencia, pues en todos los países europeos bajo dominación napoleónica la guerra es asunto exclusivo de los ejércitos y, dado su ingente potencial militar, ¿qué podía temer de las débiles tropas de líneas españolas?

En Alemania, por ejemplo, la sociedad civil permanece al margen de los sucesos bélicos, sin inmiscuirse en contiendas ni batallas, lo que vale al entonces capitán francés Louis Fantin des Odoards para referirse con admiración al país germano –donde había hecho campaña– como *patrie de guerre* (Fantin des Odoards 1895: 266). No es el caso de España.

El pueblo español participa activamente en la lucha contra los regimientos napoleónicos y aunque no inventa ningún método bélico para hostigarlos, confiere a la guerra de guerrillas una especial dimensión y la dota de una singular vigencia. Por ello, bien puede hablarse de la hispanización del fenómeno durante la Guerra de la Independencia.

2. Principios estratégicos

La generalización del movimiento guerrillero corre en relación directa a la expansión de los ejércitos imperiales por la Península, es decir que los primeros chispazos insurgentes –en origen muy localizados– se extienden como la pólvora inflamada a medida que la ocupación francesa gana terreno en suelo español. El progresivo avance de las tropas napoleónicas propicia la eclosión de focos de resistencia y casi instantáneamente emergen agrupaciones guerrilleras en tal medida que el escritor ursoonés García Blanco –coetáneo de esta realidad– llega a decir que “los campos se erizan de partidas” (García Blanco 1887: 28).

Por razones obvias, los grupos insurgentes no pueden contender con los regimientos de Napoleón conforme a las tradicionales reglas de la guerra y, en consecuencia, se ven obligados a desarrollar nuevos procedimientos operativos. Entonces las guerrillas recurren a una táctica fundada, como principio inquebrantable, en comportamientos calculados y ajenos a toda improvisación. En un estado de manifiesta inferioridad, las partidas optan por emprender una guerra de desgaste.

Aun tratándose de una modalidad de lucha ancestral, los ejércitos napoleónicos no están preparados para resolver la propuesta bélica que ofrece el movimiento guerrillero español. Los cuerpos imperiales muestran pronto sus deficiencias y vulnerabilidad frente a este estilo de lucha, que el francés denominará *petite guerre* –guerra pequeña– y no precisamente en tono despectivo. Los soldados de la Francia napoleónica están instruidos para evolucionar en batallas campales con el enemigo de cara y así, en campo abierto, no tienen adversarios capaces de resistirles, pues durante años la superioridad de la *Grande Armée* es incontestable como lo prueban las sonadas y decisivas victorias de Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland, entre otras.

Napoleón había enviado a sus tropas para combatir contra el ejército español, pero jamás pudo prever que quedarían expuestas a los envites de otros agentes bélicos frente a los cuales carecían de inmunidad. Las filas francesas sienten de inmediato los efectos de la lucha insurgente y, en breve tiempo, nadie desconoce en el ejército imperial el peligro invisible de las guerrillas. Tan sólo los militares más veteranos, combatientes en la guerra de la Vendée quince años antes, tienen cierta experiencia al respecto.

El movimiento guerrillero no puede rivalizar con las fuerzas napoleónicas en campo abierto y esto determina que sus actuaciones sean siempre una respuesta desde la inferioridad. Consiguientemente, esta circunstancia entraña un orden táctico e impone una conducta conforme a ideas preconcebidas y ajustadas en el tiempo y en el espacio. La actuación guerrillera sólo es posible con garantías ante la disgregación de las fuerzas adversarias y particularmente tiene asegurada su eficacia frente a elementos aislados de las unidades imperiales. En situaciones dominadas por grandes contingentes napoleónicos, la empresa está condenada al fracaso, porque las partidas no pueden sostener combates prolongados y en caso de hacerlo se vulnera uno de los principios fundamentales de la guerra de guerrillas: “el arte magno de las guerrillas es atacar siempre y no verse jamás obligado a aceptar combate” (Fernández/Jaén 1927: 203).

Ante enemigo tan poderoso en medios humanos y materiales como los ejércitos de Napoleón, las partidas esgrimen una estrategia específica que incluye –como precepto básico e irrenunciable– la diligencia operativa, pues sólo pueden evitarse los combates sostenidos mediante la brevedad entre las acciones de ataque y las maniobras de retirada.

El factor sorpresa define a las operaciones de carga y, por tanto, se emplea el asalto como el mejor recurso ofensivo. Las guerrillas sincronizan el golpe con los momentos de mayor desprevisión de las tropas imperiales y aprovechan los minutos de desconcierto inicial para asestar el zarpazo. Así se evita la reacción inmediata de la unidad agredida y cuando los soldados franceses se disponen a repeler el ataque ya es demasiado tarde, porque los guerrilleros han huido. La prevención es el único antídoto eficaz frente a las virulentas sorpresas de las guerrillas, como bien recomienda el coronel del Regimiento N° 13 de dragones, Marie Antoine Reiset: “hay que estar siempre en guardia cuando se va de marcha” (Farias 1919: 315).

Otro principio que imprime carácter al movimiento guerrillero es el dinamismo en las maniobras de retirada, marcado por desplazamientos tan ágiles como rápidos. El tiempo es un factor decisivo que debe dosificarse con precisión si se desea eludir la respuesta de las armas napoleónicas. Hay que golpear con la defensa preparada y, desde luego, ninguna defensa es mejor que la huida. No falta razón a quien dice que “los guerrilleros no se retiran, huyen” (Pérez Galdós 1984: 39).

Subsiguientemente a los explosivos asaltos y veloces retiradas, las guerrillas practican la dispersión como fórmula para escapar de las unidades imperiales agredidas o de las fuerzas desplazadas en su socorro. De esta manera, la represalia y el castigo de las armas napoleónicas quedan reducidos a la mínima expresión cuando la partida se fragmenta en tantos pedazos como individuos la componen, que se abren en abanico y corren en fugaz huida hacia todas las direcciones.

La diligencia operativa y la evasión a escape constituyen una estrategia que pone a prueba a las tropas bonapartistas hasta confirmar, en la mayoría de las ocasiones, su impotencia. Para definir el dinámico proceder de las guerrillas, bien vale la metáfora que al efecto utiliza el jefe de escuadrón –luego general– Jean Baptiste de Marbot: “Nos soldats comparaient les espagnols à des bandes de pigeons, qui s’abattent sur un champ et s’envolent au moindre bruit, pour revenir l’instant d’après”¹ (Marbot 1891: 485).

¹ “Nuestros soldados comparaban a los españoles con bandadas de palomas que caen sobre un campo y emprenden el vuelo al menor ruido, para regresar un momento después”.

Sin embargo, todos los planteamientos tácticos que definen la praxis guerrillera carecerían de sentido –y, por supuesto, de eficacia– si no estuvieran reforzados por otro factor trascendental como es el dominio del espacio geográfico. El medio físico juega a favor de quien mejor lo conoce y, desde luego, nadie está más ligado a él que los guerrilleros por el carácter de autoctonía. La inteligencia del escenario potencia a quien la posee y le dota de un poder inestimable. En tal caso, las guerrillas saben rentabilizar como nadie semejante recurso, porque en todo momento y en toda circunstancia acomodan sus correrías bélicas a las características del suelo.

Pese a su mucha experiencia e instrucción, los soldados napoleónicos jamás pueden competir con los guerrilleros en el conocimiento del terreno y, por tanto, difícilmente pueden sorprenderlos en un medio natural que les es extraño y que no dominan como ellos. Los insurgentes aprovechan al máximo esta ventaja y lo hacen con una pericia extraordinaria, porque –citando a Pérez Galdós– “su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno” (Pérez Galdós 1984: 39).

La conjunción de planteamientos estratégicos y dominio del medio geográfico nunca reportaría una eficacia plena si la guerra de guerrillas prescindiera de un tercer factor que alguien ha denominado espacio humano. Entiéndase por tal el apoyo brindado por el pueblo, nacido –en origen– del sentimiento antibonapartista de la mayoría de los españoles. Grandes sectores de la sociedad detestan la presencia napoleónica y esa aversión convierte al paisanaje, con el favor de la clandestinidad, en cómplice del movimiento insurgente.

Aunque el apoyo popular a las guerrillas es una realidad innegable, conviene constatar que no siempre dicha colaboración es tan libre y espontánea como se ha solido decir. En numerosas ocasiones media la coacción y entonces la connivencia entre guerrilla y pueblo no deja de ser una complicidad impuesta. Muchos guerrilleros exigen a los vecindarios en nombre del patriotismo e imponen la colaboración a golpes de amenaza, que las poblaciones –generalmente del medio rural– soportan con resignada impotencia.

En resumidas cuentas, las guerrillas aúnan estrategia, dominio del espacio geográfico y colaboración popular en una guerra erosiva que supone la principal causa de la ruina de los ejércitos napoleónicos en España. En la combinación de estos factores estriba la fuerza del movimiento guerrillero, cuyo único objetivo no es otro que erradicar del suelo español toda presencia bonapartista. Para lograrlo apelan a la muerte mediante un ejercicio de hostilidad irrenunciable, como propugna la patriótica *Gazeta del Gobierno*: “sálvese la patria enterrando enemigos todos los días” (*Gazeta del Gobierno* 1809: 394).

3. Base social

El movimiento guerrillero congrega a elementos de muy distinta procedencia y condición, particularidad que confiere a las partidas el carácter de entidades plurales y heterogéneas. No cabe duda de que las guerrillas están definidas orgánicamente por la pluralidad más absoluta y, en consecuencia, resulta harto difícil –si no imposible– establecer un perfil más o menos estandarizado del guerrillero.

¿Qué es, realmente, un guerrillero? Una pregunta así, tan directa, no admite pronta ni fácil respuesta y no la admite porque la heterogeneidad impone múltiples significados, que exige un ejercicio de matización continua. No sólo existen diferencias sociales, económicas y culturales entre los guerrilleros, sino que tampoco hay entre ellos una armonía

en el campo de la ética o la moral. No todos los componentes de las partidas son acendrados patriotas, aunque se concentren bajo el estandarte del patriotismo. Hoy nadie ignora que las guerrillas son, en más ocasiones de las deseadas, santuarios de individuos de vida oscura que responden al reclamo de otros intereses. En este sentido, multitud de pruebas documentales invalidan el retrato –impregnado de cierto barniz épico– que en su día hiciera del guerrillero el Supremo Consejo de Regencia: “[...] hombres duros y sobrios que cuestan poco, sufren mucha fatiga y son producto natural del suelo español” (Fondo documental Arias de Saavedra 1810).

Tradicionalmente se suele creer que la base humana de la guerrilla procede, casi en exclusiva, de los estamentos inferiores de la sociedad. No pocos historiadores así lo creen. Sin embargo, están en un error, porque la mayoritaria presencia de personas de clase baja en el movimiento guerrillero es sólo el efecto lógico de la desproporción cuantitativa existente entre este estamento y los demás de la sociedad. Evidentemente, la participación de gente humilde en la guerrilla es mayor porque también es mayor la existencia de hombres de semejante condición en el conjunto social.

Para evitar errores seculares, conviene no confundir los conceptos de clase baja y sociedad rural. El movimiento guerrillero es un fenómeno básicamente de carácter rural, pero ello no implica que la sociedad que lo sustenta –es decir, la sociedad rural– sea monoestamental, sin más niveles que el estrato inferior. El hecho de que la guerrilla absorba en grandes proporciones a gente originaria de los sectores primarios no niega, ni mucho menos, que junto a jornaleros y artesanos concurren en adecuada correspondencia elementos de otros estados, incluidos nobles y clérigos.

En el contexto de pluralidad que define a este fenómeno, resulta especialmente significativa la conexión entre el estado eclesiástico y el movimiento guerrillero. Buena parte de la disposición hostil del clero –entiéndase, sobre todo, del clero regular– a los franceses es canalizada a través de las guerrillas, circunstancia que algunos han aprovechado para conferir a la lucha contra el invasor bonapartista el carácter de guerra de religión. Es el caso de Menéndez Pelayo: “[...] aquella guerra, tanto como española y de independencia, era guerra de religión contra las ideas del siglo XVIII difundidas por las legiones napoleónicas” (Menéndez Pelayo 1947-1948: T. VI, 9).

Pero son otros los intereses que determinan la incorporación del estado eclesiástico al mundo guerrillero. La iglesia sabe que la política bonapartista en materia religiosa –impregnada de la filosofía laica de la Francia revolucionaria de 1789– no le es favorable en absoluto y se resiste a ver mermado su estatus por la anulación de privilegios seculares. Fundamentalmente por esa razón, el estamento clerical toma posiciones anti-napoleónicas y adopta actitudes beligerantes que superan los sentimientos patrióticos.

Favorecido por un pueblo de arraigada vocación religiosa, el clero utiliza su poder sobre las conciencias para inflamar y predisponer a las masas contra las tropas francesas, al tiempo que muchos clérigos permutan los crucifijos por los fusiles. Súmense a todo esto, las campañas de apoyo que la prensa patriótica y tradicionalista le brinda con un tratamiento casi épico: “La religión ha levantado [...] un muro de bronce impenetrable a las máximas de la falsa filosofía moderna y a los principios revolucionarios; ha conservado el carácter y las costumbres nacionales; y ha mantenido en la más estrecha unión a todos los pueblos” (*Gazeta del Gobierno* 1809: 116).

La pluralidad que define al movimiento guerrillero permite –según queda dicho– la participación de elementos de toda naturaleza. Nadie está excluido y, consiguientemente,

las partidas son entidades abiertas donde concurren gentes de cualquier pinta. Allí convergen sujetos de condición heterogénea y eso facilita que bajo la etiqueta de guerrilleros quepan hombres de muy distinta catadura moral, de modo que el término admite la cohabitación del patriotismo y la delincuencia.

Nadie puede negar diferencias cualitativas entre los guerrilleros y, desde luego, el mejor indicativo del auténtico carácter de los insurgentes es siempre su conducta. Sin embargo, también es cierto que la ambigüedad y la indefinición impiden en numerosas ocasiones distinguir con nitidez al guerrillero del bandido y viceversa. Precisamente este defecto favorece el camuflaje de no pocos malhechores:

[...] un sin fin de cuadrillas de hombres desalmados [...], cubiertos con el título sagrado de patriotas, y de partidarios de guerrillas, absorben la substancia del estado, talan, destruyen, aniquilan, derraman torrentes de sangre española, y completan la obra comenzada por nuestros enemigos (Reinoso 1816: 155).

Muchas partidas están repletas de individuos que practican la depredación sin obstáculos, ni impedimentos morales. Son hombres que hacen de la guerrilla un *modus vivendi*, pues aprovechan la enrarecida situación en beneficio propio y utilizan los recursos bélicos como medio de subsistencia. En ellos prevalece el interés por el botín sobre cualquier otra cosa. El patriotismo es un sentimiento muy dúctil en manos de unos sujetos que actúan a favor de obra y atacan sin atender a nacionalidades, pues depredan sobre los españoles con la misma saña que lo hacen sobre los franceses:

[...] con el falso pretexto de servir a la patria y de molestar a los franceses, se abandonan a todo género de excesos e infamias, robando a quantos caminantes encuentran, entrando en las poblaciones y exigiendo de ellas fuertes contribuciones de dinero y de víveres, y arrancando a viva fuerza a los infelices labradores sus ganados de labor (*Gazeta de Madrid* 1809: 647).

4. Coda

En definitiva, sobran pruebas para confirmar el carácter oportunista de muchas de las guerrillas que participan en el movimiento insurgente. No son pocas las partidas que discurren en zigzagueante trayectoria y que viven al amparo de las circunstancias, siempre con el beneficio al alcance de la mano. Sin conciencia utilizan el mejor de los recursos en una situación bélica y escudan las oscuras pretensiones tras nobles sentimientos.

Bibliografía

- Fantin des Odoards, Louis-Florimond (1895): *Journal du général Fantin des Odoards. Etapes d'un officier de la Grande Armée, 1800-1830*. Paris: Librairie Plon.
- Farias Velasco, Rafael (1919): *Memorias de la Guerra de la Independencia escritas por soldados franceses*. Madrid: Editorial Hispano-Africana.
- Fernández Amador de los Ríos, Juan/Jaén Morente, Antonio (1927): *Historia de la civilización española en sus relaciones con la universal*. Tomo II. Zaragoza: Tipografía La Académica.
- Fondo documental Arias de Saavedra (Sesión 1 marzo 1810): *Diario de las operaciones del Supremo Consejo de Regencia de España e Indias*. Caja N° 61. Leg. 1.

- García Bellido, Antonio (1945): *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*. [Discurso leído ante la Real Academia de la Historia.] Madrid: Imprenta Diana.
- García Blanco, Antonio María (1887): *Historia compendiada de una larga vida. Resumen de un siglo*. Osuna: Imprenta de M. Ledesma Vidal.
- Gazeta de Madrid* 136 (1809), martes 16 mayo.
- Gazeta del Gobierno*, suplemento (1809), viernes 10 febrero.
- Gazeta del Gobierno* 21 (1809), lunes 24 abril.
- Marbot, Jean Baptiste de (1891): *Mémoires*. Tomo II. Paris: Librairie Plon.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1947-1948): *Historia de los heterodoxos españoles*. Tomo VI. Santander: CSIC.
- Pérez Galdós, Benito (1984): *Juan Martín “el Empecinado”*. Madrid: Alianza Editorial.
- Reinoso, Félix José (1816): *Examen de los delitos de infidelidad a la patria, imputados a los españoles sometidos baxo la dominación francesa*. S.l.: Imprenta de la viuda de Duprat.
- Simonet, Francisco Javier (1983): *Historia de los mozárabes de España*. Tomo III. Madrid: Ediciones Turner.